

Comentario del club de lectura

El mar de Banville

Otra tarde más y entre las manos *El mar* del escritor irlandés Banville: narra el regreso del protagonista al pasado. Un refugio a través de la memoria de aquello que se ha perdido. Abrimos la sesión y lo hacemos con buen sabor de boca -nos ha gustado-.

Coincidimos todos en que al terminar la novela, casi al instante, acude a la mente el deseo de volver a leerla: el carácter intimista de la narración, la inmersión en el mundo interior del protagonista suponen una meditación acerca de la pérdida y del poder redentor de la memoria. Bucear en las estancias interiores del ser humano nos ha procurado una felicidad "muy para uno" como bien apunta un lector.

Comienza con un suceso trágico, tras la muerte de su esposa después de una larga enfermedad, el historiador de arte Max Morden se retira a escribir al pueblo costero, en el que de niño veraneo junto con sus padres. Quiere huir del profundo dolor del presente y el pasado se convierte en el único refugio. La novela es un continuo ir y venir del presente al pasado. El protagonista nos envuelve, nos atrapa: su mundo, su ensimismamiento trasciende y llega al lector, la trama importa, pero lo que llega es el yo en pleno movimiento que se despliega ante los lectores

En un intento antológico, transcribo unos fragmentos de gran belleza que ilustran bien el modo de narrar de Banville.

“Se marcharon, los dioses, el día de la extraña marea. Las aguas de la bahía, toda la mañana bajo un cielo lechoso, habían crecido y crecido, alcanzando alturas inusitadas, las pequeñas olas inundaban una arena reseca que durante años no había conocido otra humedad que la lluvia y lamían las mismísimas bases de las dunas. El casco oxidado del carguero que permanecía encallado en la otra punta de la bahía desde tiempo inmemorial debió de pensar que iban a volver a botarlo. Después de ese día yo no volvería a nadar. Las aves marinas gimoteaban y se lanzaban en picado, nerviosas, al parecer, ante el espectáculo de ese enorme cuenco de agua inflándose como una ampolla, de un azul plomizo y un brillo maligno. Tenían, aquel día, una blancura antinatural, los pájaros. Las olas depositaban una orla de sucia espuma amarilla en el límite de las aguas. Ningún barco estropeaba la línea del alto horizonte. No nadaría, no. Nunca más.”

“Llevamos a los muertos con nosotros hasta que también morimos, y entonces es a nosotros a quien llevan durante un tiempo, y luego nuestros portadores caen a su vez, y así sucesivamente en todas las generaciones imaginables. Yo recuerdo a Anna, nuestra hija Claire recordará a Anna y me recordará a mí, y luego Claire desaparecerá y otros la recordarán a ella, pero no nosotros, y eso será nuestra disolución final. Cierta, algo de nosotros permanecerá, una fotografía desvaída, un mechón de su pelo, unas pocas huellas, unos cuantos átomos en el aire de la habitación donde exhalamos nuestro último aliento, y no obstante nada de todo eso será nosotros, lo que somos y lo que fuimos, sino sólo el polvo de los muertos.”

Acaba así la novela: Combina el suceso final de su verano de hace cincuenta años y la noticia de la muerte de su esposa.

“Me había ido a nadar solo, no sé por qué, ni dónde podían estar Chloe y Myles; quizá se habían ido con sus padres a algún lado, habría sido uno de los últimos viajes que hacían juntos, quizá el último. El cielo era todo neblina y ni soplo de brisa movía la superficie del mar, en cuya orilla las pequeñas olas rompían en una línea apática, una y otra vez, como un dobladillo vuelto infinitamente por una costurera soñolienta. Había poca gente en la playa, y estaban a cierta distancia de mí, y hubo algo en el aire denso e inmóvil que hizo que el sonido de las voces pareciera proceder de una distancia aún más grande. Yo estaba de pie, sumergido hasta la cintura en un agua perfectamente transparente, de modo que veía con todo detalle la arena acanalada del fondo, y diminutas conchas y fragmentos de patas de cangrejo rotas, y mis propios pies, pálidos y ajenos, como muestras exhibidas bajo un cristal. Mientras estaba allí, de repente, no, no de repente, pero en una especie de paulatino empujón, todo el mar se hinchó, no fue una ola, sino una marea lenta y constante que pareció alzarse de las profundidades, como si se hubiera removido algo inmenso ahí abajo, y por un momento me vi levantado y transportado un par de metros hacia la orilla, y entonces caí sobre mis dos pies, como antes, como si nada hubiera pasado. Y de hecho no había pasado nada, una memorable nada, tan sólo otro de esos grandes encogimientos de hombros con que el mundo manifiesta su indiferencia.

Una enfermera vino a buscarme. Me di la vuelta y la seguí hacia el interior del hospital, y fue como si me adentrara en el mar.”

Adentrarse en el mar...la imagen ocupa la sesión del club de lectura y paladeamos la plasticidad azul; interrumpidas únicamente por la lectura en voz alta :

“A lo mejor todo lo que nos ocurre en la vida no es más que una larga preparación para abandonarla.”

El pensamiento del protagonista impregna todo. Volvemos a leer. ¿Lectura adictiva?

Quizá tiene razón Roberto Bolaño y mucha poesía del siglo XX forma parte de las novelas, o sea camuflada en tramas y sin rima ni medida.

Terminamos y otro tarde más desaparece.

Fe González